

EL ARRIERO

Alberto García Lledó

Alcalá, mayo de 2010

Piedra que es semilla

Yo nací para ser analfabeto, como todos los míos, pero la vida me llevó por otro lado. Sé leer y escribir, y eso no es poco para uno de mi oficio. Y aunque escribo mal y contadas las veces, he leído bastantes libros. De niño sobre todo, con el señor de la casa, que fue quien me enseñó, y algunos menos de joven, porque en esos años la sangre empieza a hervir, y son otras las cosas que le llenan a uno no sé si la cabeza u otras partes, y usted me perdone. Ahora casi ninguno, porque no puedo comprarlos y raro es que caigan en mis manos. Pero he tenido ocasión de disfrutar mucho con ellos, y de sentir cómo mi torpe lectura me hacía viajar a otros tiempos, porque muchos de los libros con los que aprendí eran de historia, que era lo que a nuestro amo más le gustaba. Descubrí que los libros le hacen a uno más libre, porque le llevan a otros lugares, le enseñan otras formas de pensar y le acercan a gentes lejanas, en los años o en las leguas, que de otro modo no podría conocer. Tienen también sus inconvenientes, porque dicen los otros arrieros que en la forma de hablar se me nota un algo extraño, y que digo cosas raras, y me llaman con burla el bachillerito, lo que me ha costado bastantes discusiones y alguna que otra puñada. Tal vez tengan razón y, como me dijo una vez un mulero andaluz, cada cual debe estar en su sitio, así que quizá un arriero no debe aprender ni menos pensar cosas como éstas. Pero la vida me llevó por esos derroteros y no puedo cambiarla. Y si he de decirle verdad, tampoco quisiera.

Mi madre era una moza del pueblo de Anchuelo, que queda más o menos por allá, tras aquel cerro que hay a su izquierda, al que llamamos del Ecce Homo. Sus padres la mandaron a servir a Alcalá, como hacen tantos padres por estos pueblos para que sus hijas tengan un plato asegurado y una cama blanda en la que dormir. Entran mozas y salen para casar, y entre tanto algunas se educan un poco y otras se estropean, según sea la casa. Tal vez no sepa usted, como hombre de ciudad, que en las casas de los jornaleros las mujeres se valoran en poco. Lo que más falta les hace son brazos para trabajar la tierra, así que las hijas son gastos y dotes que no se pueden permitir. Supongo que por eso iría mi madre a casa de nuestro amo a servir, siendo moza, y algún canalla, y usted me perdone, le quitó la mocedad. Así quedó preñada de mí, y por eso no tengo padre que conozca. Por alguna razón nunca quiso decir quien fue el que se llevó su honra, de modo que quedó sin posibilidad de casamiento. Y esa, que hubiera sido la desgracia de cualquier otro bastardo, fue la razón por la que me crié en una casa como la que tuve, que es más de lo que muchos podrían imaginar. Porque la maldad de aquel desconocido fue compensada con la bondad de otros, que es como yo entiendo que Nuestro Señor va equilibrando al mundo, con penas y desgracias aquí y allá, y buenos que rehacen lo que los malos deshicieron, de modo que poco a poco tira todo adelante como pasa con los pastos, que ahora reverdecen y luego se agostan, para volver a nacer una y otra vez, y entre tanto dan vida y son alimento para todo.

La reata de mulas levantaba una nube de polvo con su paso cansino. Delante de ella los dos personajes, el uno a pie y hablando sin parar al que montaba la mula. Aquel con calzones pardos y una camisa que debió ser blanca, y ahora se distinguía apenas del color terroso del camino salvo en los sobacos, más oscuros por el sudor destilado por las leguas recorridas. Éste vestido de sotana larga hasta los pies, erguido

sobre la mula y tocado con una teja, silencioso y atento a las palabras del que le acompañaba. Una maleta a su espalda, atada con cuerdas sobre el lomo de la mula, y un par de baúles pequeños colgando a los costados de otra mula pequeña que le seguía detrás, con un paraguas sujeto a uno de ellos como anhelando un poco de lluvia que asentase el polvo del camino. Pero la dureza del camino era terca como las mulas, y apenas unas marcas de verdor, que anunciaban la primavera, bordeaban sus lindes y lo distinguían de los campos, arados unos, en barbecho los otros con las hierbas quemadas por los rigores del invierno, y todos pardos como el camino, como los lomos de las mulas y la camisa del arriero. Sólo la negra vestimenta del clérigo destacaba bajo el cielo azul en la llanura ocre que se extendía desde las terrazas peladas que quedaban a su derecha hasta la línea de álamos que, a su izquierda, indicaba la presencia vivificante del Henares, derramado al pie de los cerros.

Mire al frente, que ya se pueden ver las torres de Alcalá. La más alta es vuestro destino, la Magistral. Seguro que os alegra verla después de tantas leguas de camino. Y nos falta otra, casi igual de alta, que era la de los franciscanos, que la demolieron con el resto del convento. Y con él la capilla de San Diego, que era una hermosura que algunos intentaron proteger. Al mismo rey llegaron a escribir, pero de nada sirvió. Ahora el santo se ha quedado sin casa y de prestado, precisamente en vuestro templo. No ponga esa cara de sorpresa, que nadie mejor que usted sabe que desde que echaron a los frailes y se quedó el gobierno los conventos han sido muchos los destrozos que se han hecho. Y pienso yo que eso no está bien, porque muchos edificios eran muy hermosos y otros muy venerados. Ya iréis conociendo todo esto cuando os instaléis, y os aseguro que encontraréis en estas cosas muchas razones para la pena.

Pronto tendremos que parar, porque llegamos a la venta de Meco y podremos refrescarnos. Meco es el pueblo aquel que se ve arriba en la ladera, donde esa otra torre tan hermosa. Buen pueblo de trigo y ovejas. Es fácil orientarse en estas tierras, en las que los caminos van de torre en torre y cada torre te lleva a un pueblo. Digo yo que los faros que guían a los barcos deben ser así, como torres de iglesias pero con muchas candelas en donde las campanas, o algo parecido, pero de cierto no lo puedo decir, porque sólo los conozco de haber leído algo en algún libro y nunca he visto el mar. Volviendo a lo nuestro, en la venta dejaremos las mulas y la carga a buen cuidado. Luego nos acercaremos a Alcalá. Yo le acompañaré a su destino y pasaré por la casa del comerciante para el que traigo la carga, que está en la calle mayor bien cerca de vuestro templo. Así me dará el dinero del portazgo y podré volver a por mis mulas y sus paños, porque no puede uno andar por los caminos con tanto dinero auestas. Pasaré unos días descansando en la Posada del Diablo, y usted perdone, pero es que ese es su nombre, y cuando las mulas estén repuestas saldré de nuevo a los caminos. Así es mi oficio y así mi vida. Como la de las mulas.

Volviendo a lo de mi crianza, hablaba de la bondad, me parece. Me refería a la de los señores de la casa en la que mi madre servía, sobre todo del señor. Buena gente, de la mejor, porque en cualquier otra casa la hubieran devuelto a la de sus padres, preñada y sin honra, con lo que eso supone en un pueblo. Ya sabe usted, quedar para siempre señalada. En una ciudad se nota menos, y eso que Alcalá es una ciudad pequeña y llena de chismosos. Pero también es cierto que en una ciudad los chismes apuntan más a lo alto, y que las historias de una pobrecita son menos sonadas. Los señores la acogieron en la casa y le cuidaron la preñez. Tal vez porque nunca pudieron tener hijos. A lo mejor el estado de mi madre les hacía entender una esperanza que la naturaleza les

había robado a ellos. Lo cierto es que yo nací en aquella casa, y que recuerdo de niño tanto cariño de mi madre como el de las demás personas del servicio, y sobre todo del señor. La desgracia quiso que mi madre quedase quebrada de salud tras el parto, de modo que la recuerdo flaca y con ojeras, con las manos finas y heladas y una mirada entre cansada y sonriente. Siempre me decía que debía estar muy agradecido a los señores, que por ellos estaba yo en el mundo y me criaba sin pasar necesidad, y alguna vez al decir esto se le saltaban las lágrimas. También me acuerdo de que la señora me hacía poco caso. La recuerdo casi siempre encerrada en su alcoba y quejándose de dolor de cabeza. Sólo se le pasaba los días en los que venían visitas, y esos días me mandaban fuera de la casa. Luego de mayor he entendido que me trataban bien, porque nada me faltaba, pero que me escondían como era lo normal, porque había venido al mundo de la forma en la que vine. Esa sensación de vivir con una vergüenza de la que yo no tenía parte fue lo primero que me llevó a desear salir de aquella casa.

Tenga cuidado con la mula, que es terca como lo son todas, aunque le haya elegido la más dócil. Es buena, la Lucera, grande y segura, pero no deje que quede flojo el bocado, porque se le irá a la linde a comer de la hierba que verdea. Tampoco se lo reproche al animal. Lleva muchas leguas a los lomos y ya se merece un descanso. En Alcalá lo tendrá, como lo tendremos todos. Usted en una buena cama y con un puchero de buen chocolate, y yo en la posada con vino y garbanzos y lo que les quieran poner. Su mula y las demás descansarán en las cuadras, a reponerse del cansancio y restañar las mataduras. Buenas mulas, que son todo lo que tengo y son como la sangre que alimenta las tierras de Castilla y de Aragón.

Pero vuelvo a apartarme de por qué aprendí a leer, siendo arriero, que es lo que usted me preguntó hace ya bastantes leguas. Le decía que la señora me quería poco, aunque me tratara bien, pero el señor se empeñó en que debía aprender las cosas que pudieran hacer de mi un hombre de provecho. Y aprendí con él, sentado en una pequeña mesa puesta delante de la que él tenía en su despacho. Yo recuerdo la habitación medio a oscuras, con las paredes llenas de libros y la luz entrando entre las cortinas que casi cerraban un enorme balcón que daba a la calle. Olía al tabaco del señor, a su jabón y a ese olor que tienen los libros y que es mezcla de cola, de cuero y del polvo de los estantes, nunca lo podré olvidar. Desde mi mesita de niño apenas veía la cabeza del señor, que trabajaba en su mesa enorme, oscura y preciosa, y que para mi quedaba muy en lo alto. Al principio estaba junto a mí para enseñarme la cartilla, pero según iba yo aprendiendo él se quedaba más en su mesa y yo más tiempo solo, haciendo las tareas que me mandaba. Sólo de cuando en cuando me hacía levantar para, puesto a su lado, enseñarle lo escrito o leerle en alto lo que él me hubiera mandado. A veces oía a los chicos jugar en la calle y me distraía, porque quería jugar como ellos, y el me reprendía y me daba un coscorrón, pero nunca eran muy fuertes. Yo creo que hasta me los daba con cariño.

Al señor le gustaban los libros de historia. Una vez le oí decir a la señora que la historia de Alcalá le tenía sorbido el seso. Y debía ser verdad, porque pasaba muchas horas en su despacho, con sus libros y con trozos de vasijas y de piedras viejas que le traían labradores a los que recibía con mucho interés y a los que pagaba con buenos cuartos. Recuerdo en especial una especie de candil de barro rojo que tenía unos caballos, que me dijo que era de los romanos. Y ese día empezó a hablarme de los romanos que habían vivido en Alcalá, allá lejos junto al río, camino de Madrid por lo

que me contaba, y para que no se me olvidase me hizo copiar algunas páginas de un libro que por allí tenía y que de eso trataba. En ese libro conocí la historia de los Santos Niños, que a usted tanto le ha gustado, y buena parte de las otras historias que le he ido contando.

No, padre, no me debe usted estar agradecido. Yo hubiera hecho el camino igual solo o con usted, porque mi camino termina en Alcalá, que era su destino. Si se rompió el eje de su carruaje en una cuesta de Guadalajara, para mi ha sido una suerte. Agradecido le estoy porque me hace compañía y me escucha. Si me perdona el decirlo así, normalmente sólo me escuchan las mulas, o algunos en las ventas si el vino me suelta la lengua. También me escuchaba mi madre cada noche, cuando había terminado las tareas de la casa. Se sentaba a mi lado con la cara cansada y me sonreía, sonreía siempre. Y me pedía que le contase las historias que había aprendido ese día en los libros del señor. Al acabar me revolvió el pelo y me decía que me tenía envidia, porque ella no sabía leer y yo sería un hombre de provecho. Y me besaba y me apretaba en sus brazos hasta que yo no recordaba nada más y me despertaba luego en mi cama. Cuando se asiente en la ciudad tendrá que ir a la ermita de la Virgen del Val, que es nuestra patrona. No me extraña que Dios quisiera tener madre cuando recuerdo a la mía, y perdone la comparación, si le parece irreverente. Yo perdí a la mía a los doce años, porque su salud quebrantada no pudo aguantar más. Veintisiete años tenía cuando murió. El señor compró una tumba para ella, y el día del entierro estábamos solos él, que me cogía de la mano, y yo, y el capellán del cementerio y el resto del servicio de la casa. Pocos, tristes y helados por el frío del invierno y de la muerte. Y a pesar de su mirada siempre cansada creo que fue feliz, porque sonreía y me acariciaba. O al menos, deseo pensar que así fue.

No me mire con pena, que no la merezco. Tuve una madre que purgó con creces el que creo que fue su único pecado, y que era buena, señor, si ha de existir el bien. Si nuestro Señor perdonó a las prostitutas más pudo perdonarla a ella, que ningún otro mal hizo y que pago su pecado pariendo y cuidando a un hijo con todo su cariño. Tuve una casa que me acogió y un hombre bueno que me enseñó lo que sé. Pero la suerte se torció y me acabó negando lo que me había prometido. A veces pienso que hubiera sido mejor ser analfabeto y no saber más que lo necesario para llevar una mula de aquí para allá. Así tal vez lamentaría menos lo que pudo ser.

La sangre de los jóvenes se calienta con facilidad, supongo que porque así lo ha mandado la naturaleza, y eso hace que les mude el ánimo, se encaprichen y, con perdón, como los animales, se encelen. Eso lo veo ahora, de más mayor, pero no entonces. Yo no sé si los años nos dan madurez o nos quitan vida, lo cierto es que a medida que pasan hacen que los ánimos se amansen y el mundo se vea de otro modo. Sucedió que vino a vivir a la casa de los señores una sobrina suya, poco menor que yo, que tenía entonces catorce años. Parece que tenía algún mal que en su casa de Andalucía, creo que por Cádiz, junto al mar, empeoraba con la humedad. Ya verá señor lo secos que pueden llegar a ser los aires de esta tierra, cuando lleve tiempo en ella. La chica era menuda y hermosa, perdóneme usted, con un acento gracioso que yo no había oído nunca. Tenía ojeras y tosía con frecuencia, y en eso me recordaba a mi madre y me preocupaba, y creo que por eso le cogí cariño. No coincidíamos nunca en los cuartos de la casa. Yo comía con las criadas en la cocina y dormía en un cuarto con el cochero desde que murió mi madre. Desde que llegó Adelita, que así la llamaban, la señora no permitió que entrase al despacho del señor. El me buscaba alguna vez para darme un libro nuevo

y algún consejo, pero con la llegada de la niña noté que las cosas habían cambiado. A veces la veía de lejos, y otras intentaba imaginarla. Soñaba con ella algunas veces, y algo de esto debió notar lo la señora. Debí enamorarme como se enamoran los poetas, porque me sentía atontado y siempre queriendo verla. Y de hecho rondaba por las estancias de la casa para tentar la suerte y encontrarme con ella. También le digo que nunca le puse la mano encima. Se que no se debe jurar, y no lo haré siendo usted canónigo, pero si pudiera juraría que jamás puse mi mano sobre ella, salvo el día maldito en el que se me acercó.

Adelita era la niña de los ojos de la señora, la hija de su hermana. Supongo que era lo más parecido a un hijo para aquella mujer que no tenía hijos de su vientre. Que la quería era claro, que no me quería a mi fue algo que fui descubriendo poco a poco según me iba haciendo mayor en aquella casa. Y llegó un día en el que tuvimos que coincidir, en el patio, mientras yo tiraba la taba. Se llegó a mi y me habló con su voz que era como de música, y yo me recuerdo embobado escuchando ese habla cantarina. Nunca, señor, me había hablado una muchacha, y menos una como aquella. Yo apenas decía palabra, torpe y necio, pero no dejaba de mirarla. Entonces ella me tomó la mano, supongo que para jugar, o para llevarme a otro lado, o para enseñarme algo. Sólo se que sentí el cielo tocándome en esa mano, que mi cabeza flotaba y que un escalofrío me recorría la espalda. Pero el cielo se tornó en infierno cuando, cogido de la mano de Adelita, oí gritar a la señora, que salía en ese momento al patio. Recuerdo sus pescozones y sus voces, y sobre todo una frase que se me clavó en el alma: que era como mi madre, que mancharía todo lo que tocara. Y ese día supe que tenía que salir de aquella casa.

Así que ya sabe por qué, siendo arriero, leo y escribo y cuento historias, y si se tantas de la ciudad a la que le llevo es porque, cuando salí de aquella casa, el señor, que me enseñó tantas cosas, metió entre las pocas cosas que de allí saqué un libro que él había escrito, y que narra la historia de esta ciudad. Es mi único libro, y a él recorro cuando saco un rato, si me dejan mis espaldas deslomadas del camino y el vino que tengo que tomar para calmar la sed y los dolores de los huesos. Y también debo contar que así, cuando lo leo, recuerdo días mejores, ante la mesa del señor o con mi madre en su regazo, aquellos días en los que tenía una cama y una casa, aunque sólo fueran prestadas.

Callaron los dos hombres mientras rumiaban las últimas palabras del arriero. El edificio de ladrillo y adobe de la venta se les acercaba al paso lento de la reata, frente a ellos el amplio portón de madera que daba acceso al patio de las caballerías. Las ramas de una acacia sobrepasaban las bardas de tapial y prometían una sombra en el patio para cuando la primavera terminase de parir las hojas. A su derecha la puerta de la venta, entreabierta para dejar salir a un chiquillo descalzo que se lanzó a la carrera hacia el arriero. Se frenó a unos pasos de la comitiva, amedrentado por la solemne presencia del canónigo, y siguió a paso mas lento, como con respeto, mirando al clérigo de reojo mientras el arriero le ayudaba a apearse de la mula. El niño esperó paciente y curioso a que el arriero hubiese acabado para tomar de su mano las bridas de las mulas, sabedor de que su esfuerzo le valdría unas monedas que el otro nunca olvidaba. Mientras los dos hombres entraban a la venta, el muchacho encaminó la reata hacia las cuadras.

Pero pase, que esta venta es de las mejores y tiene muy buena fama. Buena gente, se lo aseguro, y todo limpio, no como en otras. Agradecerá usted un poco de vino y algo de comer. Aquel es Andrés, el dueño. Mucha paciencia ha de tener en su oficio de ventero, con la gente que tiene que tratar. Buena y mala, como en todas partes, aunque en los caminos es de natural menos asentada y, por lo mismo, más dada a salir por cualquier parte, ya me entiende usted.

Sírvenos vino, Andrés, pero que sea del mejor, que el padre que me acompaña viene a tomar posesión de canónigo en la Magistral. A su coche se le rompió en eje en la cuesta del puente de Guadalajara, y hasta aquí me ha acompañado a lomos de mi mejor mula. Un honor para tu casa y para mí, que por una vez he hecho un viaje en buena compañía. Anda y tráenos algo de lo que tu mujer guisa, que venimos cansados del camino. Ya verá, padre, que la mujer de Andrés guisa como los ángeles.

La sala estaba en penumbra, llena de olor a humo de leña y guiso de puchero. El canónigo agradeció la silla que le ofreció el ventero, la mejor de la casa, porque sus posaderas sufrían los estragos del trecho recorrido a lomos de la montura. El arriero, cansado de andar, agradeció también su severo taburete, y ambos disfrutaron del vino fresco y la comida caliente que les sirvió la ventera. Un ambiente de respeto llenaba la venta, ambiente excepcional, como lo era la visita de un canónigo. Desde las otras mesas los demás clientes miraban en silencio y de reojo a los recién llegados. Apenas hablaron mientras comían, el arriero intentando recordar los mejores modales que aprendiera en la casa de su niñez para no desentonar con los del sacerdote. La boca cerrada al masticar, no sorber, no tomar el pan entero, sino en pedazos... todas esas cosas que de natural le salían con cierta frecuencia y le hacían destacar como un

extraño ejemplar cuando comía en las ventas, y que ahora se negaban a aflorar en sus ademanes.

Los venteros se acercaron al clérigo al terminar la colación y besaron su mano. Cuando el sacerdote sacó la bolsa le rechazaron el pago, pero fue una resistencia de principio. Una mínima insistencia hizo que tomasen las monedas y besasen con más calor la mano que se las ofrecía. Una voz del ventero bastó para que el muchacho saliera corriendo de la cocina hacia el patio, para preparar las mulas que llevarían al canónigo y sus baúles hasta la ciudad. Las demás se quedaban en la venta, a buen recaudo, con su carga de paño catalán, a la espera de que volviese el arriero con los cuartos para pagar el portazgo.

Montó el canónigo sobre la mula, sujeta de las bridas por el arriero, y así gobernada tomaron de nuevo el camino hacia la ciudad. Las torres de Alcalá se iban acercando poco a poco hacia ellos, perfiladas contra el horizonte. Caminaron en silencio, con el sopor causado por la comida y la fatiga del camino ya casi concluido, hasta llegar a las primeras casas de la ciudad.

Ya vamos entrando, señor canónigo. Allí cerca se ve el colegio de los Jesuitas, que tampoco están ahora. Una buena casa la que tenían, con una iglesia muy hermosa que los franceses desgraciaron para sacar el oro del retablo quemando sus maderas. Pero si los franceses destrozaron antes, los españoles no les vamos a la zaga ahora. Le decía un trecho atrás que no hace mucho que demolieron el convento de los franciscanos, dicen que para hacer un cuartel. No es lo único que se ha perdido, y la ciudad no es sino sombra de lo que fue. Yo lo se bien porque me lo enseñaba el señor, que la ciudad fue

un bullir de estudiantes y de gentes que comerciaban a su alrededor, de frailes sabios y de doctores. Tenía él los estantes llenos de libros viejos que yo no podía leer, por lo enrevesado de la letra, todos llenos de polvo, hechos en las imprentas que hubo en los buenos años de Alcalá. Ahora la ciudad está como dormida, con la universidad y los conventos vacíos. Sólo los de las monjas siguen ocupados, pero siendo como son de clausura poca vida dan, y usted me perdone. Ahora somos todos más pobres, porque se ha despoblado y se comercia menos. La reina Isabel, que Dios guarde, habrá conseguido buenos cuartos, pero no creo que nadie más haya tenido beneficio. Algunos sí, porque siempre el dinero saca tajada cuando procede. Las tierras que fueron de los frailes han pasado a manos de los ricos, de modo que los pobres siguen siendo pobres, con la diferencia de que antes pagaban diezmos a los conventos y ahora son jornaleros de los señores, que yo no sé qué será peor. Pero los caserones de los colegios se venden mal y nadie sabe qué será de ellos. Se dice que muchos acabarán como cárceles y cuarteles, y tal vez sea lo mejor, porque así habrá soldados y gente, y eso es negocio para la ciudad.

Avanzaron por la calle librerías. Algunos comercios perezosos, con las puertas entreabiertas, se barajaban con portales cerrados de casas y comercios claramente abandonados. La calle estaba poco animada, aunque algunos al cruzarse reconocían al arriero y le saludaban con la mano o con palabras escuetas, y alguna mujer se acercaba al sacerdote para recibir su bendición, que le daba sin apearse de la mula. Llegaron a la plaza del mercado, y el arriero se detuvo.

Esta es la plaza del mercado. Es donde se celebran las ferias, y aquí vengo yo para San Bartolomé a comprar mulas y arreos una vez al año. Al fondo tiene la parroquia de Santa María, y ahí a la izquierda la Universidad, donde aquellas campanas, que son de su capilla. Lo que queda son los edificios, porque no tiene estudiantes desde hace ya un buen puñado de años. Ahora está vacía y tiene a la gente muy alarmada. Han tirado la torre del reloj y destruido el arco que allí, en esa calle que ahora ve, marcaba la entrada a su solar. Mal presagio, porque serán capaces de cualquier otro destrozo. Cuando veo todo esto me acuerdo de mi señor y casi me alegro de que ya esté muerto. Si el pobre alzase la cabeza y viese como van destruyendo tantas cosas de su ciudad querida se volvería a morir, pero esta vez de pena. Aunque pienso también que el era de esa raza de hombres grandes que hubiera sido capaz de hacer algo para frenar todo este daño. Dicen que hay algunos que se han juntado para reunir dineros y comprar la universidad, para que no pase como ya pasó con el convento de San Diego. Ojalá puedan, y me alegraré aunque no les salga bien, porque es señal de que hay otros como mi señor que, enamorados de las piedras y de la historia, son capaces de hacer cosas grandes. Cosas de hoy que supongo que serán historia para los que vengan luego.

El arriero dio un ligero tirón de las riendas y la mula retomó su paso hacia la calle mayor. El canónigo miraba con interés los soportales que les flanqueaban, atento a los comercios y a las personas de la que iba a ser su ciudad en adelante. Pocos pasos después, y sin motivo aparente, el arriero detuvo la comitiva de nuevo, sacudió la cabeza y se dirigió al otro.

Verá que Alcalá esta triste y en parte abandonada, pero algo me hace pensar que no será así toda la vida. Poco sé, pero por lo que me enseñaron me parece que las cosas grandes del pasado no son historias que quedan atrás. Yo, que recorro los caminos, sé que todo lo que dejamos a la espalda hace falta para llegar adonde uno ha llegado, y que con lo que se ha aprendido caminando se puede avanzar más adelante. La historia, esa que me enseñaba mi señor y que a la señora tan poco gustaba, puede ser como los cuadros de los santos, si usted me permite compararlo. Para unos sólo son estampas que adornan las paredes, pero a otros les llevan a intentar cosas como las que ellos hicieron. A veces siento como si estas calles guardasen algo de los que las han habitado. Y no digo sólo de los reyes y cardenales y sabios, que muchos hubo por aquí, sino también de los albañiles, los estudiantes y los frailes que por aquí pasaron. Tengo la ilusión de pensar que desde las casas y las calles animan a los que pasan por ellas y les ayudan a seguir adelante con cosas grandes, como hicieron los antiguos. Y pienso también que, así como yo, un hijo sin padre de una madre deshonrada, pude aprender a leer y a escribir, y con ello tuve una dignidad que todos me hubieran negado, esta ciudad recobrará todo lo que le han robado, porque lo escrito perdura, y aquí la historia quedó escrita en las piedras.